



*Niños que aprenden a hacer televisión:
experiencia en Venezuela*

Jacqueline Sánchez Carrero

Universidad de Sevilla
(España)
jackysa@hotmail.com

Cuentan los expertos en medios de comunicación que transcurría el año 1926 y era primavera, cuando un escocés llamado John Logie Baird logró transmitir la imagen de un muñeco de ventrilocuo de una habitación a otra en unos grandes almacenes de Londres. Está claro que cuando Baird consiguió que en aquella pantalla de la

diminuta estancia oscura se viera la temblorosa imagen de la cara del muñeco, no imaginó a donde iría a parar tal experimento.

Es curioso que fuera aquel ensayo el que marcara el nacimiento de la televisión, aunque el invento se oficializara años después. Se transmitió la imagen de un muñeco, posiblemente pensando en que aquella figura podría hacer gracia a padres e hijos, por supuesto. Ya en los años 50 del que podríamos llamar siglo pasado, las familias del mundo han contado con este nuevo miembro en sus hogares. La televisión, aparte de constituir una industria, de ser un medio de comunicación, es compañía y sobre todo entretenimiento. Sin embargo, y a pesar del tiempo que ha pasado, pocas sociedades han logrado iniciar y desarrollar seriamente lo que algunos denominan la alfabetización audiovisual dirigido a los niños y jóvenes. Es decir, la educación dirigida a aprender a ver cualquier documento audiovisual, especialmente si nos referimos al emitido por la televisión puesto que tiene sus características propias.

Haciendo un poco de investigación reflexiva pensamos que la enseñanza de la técnica unida a la instrucción de cómo aprender a ver televisión podría resultar interesante y llamativa si la recibían niños. Es por ello que iniciamos una experiencia relacionada con la alfabetización audiovisual infantil dirigida desde una televisión regional privada en Venezuela. Comenzó en 1997 instruyendo a un grupo de chicos entre nueve y doce años de edad, y se extendió durante unos años después debido a que los mismos niños que iniciaban los talleres se negaban a que finalizaran pues constituyeron un reto para ellos que combinaba aprendizaje y juego.

Los pequeños lograron escribir guiones, manejar cámaras y realizar los montajes de relatos cortos sobre temas de ficción creados por ellos mismos. Por otra parte, aumentó el grado de análisis y de capacidad crítica de diversos géneros televisivos tales como películas, dibujos animados y anuncios publicitarios. Sus padres nos confesaban que sus hijos habían cambiado como televidentes y que discutían con los demás miembros de la familia los programas de televisión. En conclusión, fue una hermosa experiencia que nos dejó llenos de ese entusiasmo que sólo los niños pueden transmitir y sobre todo, con la certeza de lo útil y necesaria que puede llegar a ser la alfabetización audiovisual en nuestros días.

Hace unos siete años comencé a preguntarme si sería posible realmente hacer mejores telespectadores. Trabajaba en ese entonces como responsable de programación y

producción de una televisión en Venezuela, una estación regional privada que transmite su señal a varias ciudades del país. En cada reunión se nos preguntaba: ¿Qué quiere ver la gente en Televisión? Como paso previo estaba el análisis de las mediciones de audiencias y la definición de las tendencias. Me parecía lo que efectivamente era, un círculo vicioso: por un lado, hay que hacer los programas que la gente quiere ver y por el otro, la gente ve los programas que hacemos. Es decir, los numeritos del *rating* y *share* nos favorecían mientras dedicáramos un valioso tiempo a los concursos con jugosos premios, los cotilleos de farándula y por suerte, también a actividades deportivas como el fútbol. Digo «por suerte», porque era lo más inofensivo en el abanico de realidades. Sin embargo, el público infantil poco importaba, y eso, lamentablemente no ha variado mucho.

¿Por qué no importa el televidente infantil?, ¿En qué piensan los creadores de los programas para niños? ¿Por qué los chicos ven muchos de los programas pensados para los adultos sin que nadie lo remedie? No es fácil responder a ninguna de estas inquietudes, pues depende de la realidad de cada país y por supuesto del momento al cual hagamos referencia. Lolo Rico autora de *El buen telespectador* apunta: «Las audiencias se miden y declaran que hay varios millones de telespectadores que ven programas de escasa calidad y grandes dosis de estupidez. Mi opinión es que no los ven porque les gusten, sino por la mala utilización del propio medio» (Rico, 1994: 91). Y más adelante cita: «Conviene hablar mucho de la televisión con los niños (...) analizándolos de todos los puntos de vista que se nos ocurran» (Rico, 1994: 199).

Pero no fue esto lo que impulsó mi curiosidad por investigar ese campo, sino el libro de Pérez Tornero *El desafío educativo de la televisión*. Y yo, trabajando en una televisión, no había conseguido descubrir, sobre todo aprovechar, el desafío educativo del mismo medio. Acoto todo esto porque fue así como me propuse sacar provecho de mi situación directiva y de producción en aquella empresa televisiva para introducirnos experimentalmente en un nuevo campo: la alfabetización audiovisual infantil.

A conciencia de que entraba en un campo controvertido pues existen diversos criterios que diferencian educación audiovisual de alfabetización audiovisual, de la mediática y de enseñanza en los medios, merecía la pena proseguir. Logré

rodearme de gente que creía en mi pequeño proyecto, redefinimos conceptos y juntamos a un grupo de niños entre 9 y 12 años para conformar con ellos una experiencia: enseñarles a hacer vídeos pero no sin antes instruirles en cómo ver la televisión críticamente. Al final de esta práctica, casi un año después, estábamos tan entusiasmados que repetimos el ensayo los años siguientes hasta mi partida para este país, en el año 2000.

Deseo compartir con ustedes parte de dos de las vivencias que he tenido con niños venezolanos en relación con la televisión y la educación. Entraré en algunos detalles curiosos para que comprendamos el grado de entusiasmo, de comprensión que pueden llegar a desarrollar los chiquillos ante el descubrimiento del mundo audiovisual.

En el primer caso, transcurría el año 1997, razón por la cual el grupo de niños se autodenominó «Grupo TV 97». La idea era enseñarles las claves principales de la lectura crítica del audiovisual, a escribir historias para la televisión y, además, la parte técnica del medio, es decir, cámara, sonido e iluminación, y también el montaje. El grupo tuvo la oportunidad de pensar en un tema y escribir las historias; adaptar las historias para poder grabarse en vídeo y después pensar en las actrices y actores, pues ellos estarían a cargo de la parte técnica y creativa, más no de la parte actoral; no era la finalidad de la investigación.

El proceso fue entonces básico: cada uno leía su guión y, luego de enseñarles las claves, se procedía a hacer la crítica colectiva. Entre los primeros guiones recibidos como historias cortas estuvo el de Iván (12 años) llamado «Epidemia». David Leonardo (9 años) nos sorprendió con una entrega completa de la historia «Las Aventuras de José y Carlos», elaboró el guión literario, el desglose del guión y el guión técnico en forma de *story board*. En las siguientes sesiones y por votación ellos mismos eligieron, según su juicio, lo que consideraron, los tres mejores guiones, basados en temas libres: el de Andrés Alirio (12 años) «Qué tan peligroso puede ser un mosquito»; el de Loreana (11 años) «Los perros y yo»; y el de Victoria (11 años) «La casa fantasma». Al momento de las proposiciones sobre temas nuevos para el guión final, Pedro Pablo (10 años) sugirió muy seriamente la Ecología, argumentando que las televisiones no se preocupaban por ello; recibió el apoyo de sus compañeros. Este tema competía con otro también muy votado «Conflicto entre Hermanos». Victoria

parecía vivir un verdadero conflicto entre hermanos pues al preguntarle por qué proponía ese tema con tanta insistencia contestó muy seria: «Yo sé como es la vida...»; tenía una hermanita 5 años menor.

Pasados unos meses el trabajo de Mariana, de 10 años, ganaba por votación; su guión «Ecologista de Corazón» fue el escogido para ser grabado con todas las de la ley. El proceso siguiente fue realizar una especie de «tormenta de ideas» para tratar de adaptar el guión a una forma totalmente realizable ya que hablaba del mar, de buceo, entre otros aspectos. Se recibieron varias propuestas de solución: viajar al Lago de Maracaibo, utilizar imágenes de archivo del mar o cambiar el mar por un río. Por último escogieron la segunda opción: la videoteca de la televisión para no desvirtuar la idea original de Mariana; aunque muchos se decepcionaron por no poder viajar al Lago de Maracaibo y grabar. Como ya se había elegido la historia definitiva, fue indispensable desarrollar el guión literario y el guión técnico, y de esto se encargaron los niños.

Aquí se necesitó también pensar en detalles como la elaboración de un presupuesto, el *casting* o el diseño de vestuario y la escenografía para cada una de las escenas, así como la ubicación de las localizaciones y en general el plan de grabación para definir en qué orden y en qué fechas se grabarían las escenas. Los mismos niños dibujaron lo que sería el vestuario y la ambientación, al igual que dedicaron tiempo de sus actividades cotidianas para conseguir la utilería requerida.

Luego ensayaron a los actores, los maquillaron y montaron la iluminación en el *set* elegido para comenzar, les ayudamos con los focos por razones de peso y de fragilidad del material. Después de cada jornada de trabajo se reunían para corregir los errores y escuchar los comentarios de la experiencia vivida. Grabaron ellos mismos con las cámaras que les facilitamos convirtiéndose en responsables de los planos y del sonido. Para el proceso de postproducción el primer paso fue visionar todas las cintas grabadas y escoger la música. Asimismo, seleccionaron las voces que serían grabadas en *off* para darle más realismo al vídeo. Lo siguiente fue editar por corte directo todas los *audios* y luego, sobre éste, las imágenes. Más tarde se incluyeron los efectos especiales e insertaron los créditos correspondientes; con esta etapa de postproducción finalizaron las actividades de «Cómo aprender a ver y a hacer televisión». Este primer proyecto salió al aire

con aprecio de los educadores y de los padres que integraban parte de la audiencia.

Nos llamó la atención en esta primera experiencia el guión «Ecologista de Corazón». Parecía que los niños no podrían escribir guiones, pero nos equivocamos. El tema seleccionado por esta niña aborda el temor de una sociedad futura víctima de la contaminación. El punto curioso es que ella no planteó el problema con respecto al medio geográfico que le rodeaba (zona andina, montañosa de Venezuela), sino que proyectó su preocupación hacia el mar, pensando incluso que podría desaparecer al pasar los años. Otro punto interesante en el guión es el recurso del *flash-back* que utiliza en la narrativa adaptada a su estilo. Sin conocer mucho de las técnicas literarias, la niña recurre al recuerdo para constituir la base primordial de todo el relato, un pasado que la protagonista rememora desde el año 2080.

En cuanto a los personajes principales caracteriza a Bárbara, como una joven que reflexiona ante el legado de su bisabuela, la doctora Isabel Smith, a quien describe como una mujer que luchó contra el descuido humano del deterioro ambiental. El ambiente que rodea a los personajes está relacionado con los tiempos pasado y futuro: Bárbara en la atmósfera supuesta del año 2080 y la Dra. Smith, su bisabuela, ubicada en el presente y amante de las bondades del mar.

Mariana emplea un elemento clave que relaciona toda la historia: un diario escrito por la Dra. Smith en el cual relataba sus experiencias como defensora del ambiente, especialmente del mundo marino. Este diario, conservado por su bisnieta Bárbara, es el motivo de reflexión que hace posible la historia.

Utiliza además los recursos literarios narración, descripción y diálogo casi por igual. Es de destacar el buen uso del lenguaje para llevar la idea a un guión de televisión. Los diálogos están perfectamente ubicados lo cual facilitó la elaboración del desglose del guión literario y el guión técnico. La última frase del guión «Me hubiera gustado conocer el mar» surge en un final casi nostálgico que invita a meditar frente al daño ambiental que hace el hombre desde hace muchos años al planeta en general.

El segundo caso que quería mencionar fue el último que produjimos en 1999; otro grupo de chiquillos realizó un nuevo

guión, esta vez menos profundo, lo llamaron «Estrellita y su amigo imaginario», un cuento cuyo historia es el de una niña que debe dejar marchar a *Loquis*, su amigo imaginario, para que haga feliz a otro niños.

Este guión lo desarrolló María José, de 10 años. El argumento de la amistad prevaleció en el desarrollo del tema. En este caso la guionista utilizó la organización narrativa tradicional: planteamiento, nudo y desenlace; empleó la tercera persona y también el tiempo pasado. Sin embargo, al concentrarse en la historia descuidó la descripción del ambiente y los personajes. Enfrentaron este problema inventando soluciones al momento de hacer el desglose del guión, el guión técnico y por supuesto el diseño del vestuario y de la escenografía.

El interés del grupo no solo quedó allí, estaban deseosos de volver a repetir la experiencia y nos propusieron realizar una extensión del cuento ya producido o cualquier otra historia que les hiciera tomar las cámaras, grabar y regresar al ordenador donde quedaron aún muchas cosas por aprender.

Al terminar el primer taller, logramos que los niños reconocieran los elementos esenciales de la lectura crítica de televisión. Catalogamos como «suficientemente crítico» a aquél que reconoce los elementos narrativos y las técnicas esenciales de un programa de televisión, además, identifica la intención del director y propone nuevas combinaciones y relaciones entre los elementos de un programa. Al ingresar a los talleres, un 25% de los niños era suficientemente crítico, un 41% medianamente crítico y un 34% simplemente fue no crítico.

Al finalizar los talleres estos porcentajes aumentaron, por ejemplo en los géneros televisivos detallamos lo siguiente: en Películas un 41,6% de los niños fue suficientemente crítico; en dibujos animados y anuncios publicitarios resultó un 66.6% suficientemente crítico y en telenovelas, género muy visto en Venezuela, un 83.3% tuvo igualmente una lectura suficientemente crítica. Esto demuestra el grado de comprensión crítica y análisis que desarrollaron los niños en los talleres. Otro aspecto evaluado fue su capacidad creativa en términos de ideas para televisión, se pudo notar que sólo el 16,6% de los niños al iniciar los talleres era innovador, mientras que al finalizar el porcentaje aumentó a un 50%. Vimos que a medida que se introducen en un mundo que les atrae y les

divierte aumenta su posibilidad de pensar formas nuevas para ser aplicadas.

Después de esos talleres los padres observaron a sus hijos con actitudes críticas ante el medio. Argumentaban: hablan en términos técnicos (41.6%), critica y analiza los contenidos (54.54%), reconocían la fantasía de la realidad e incluso les explicaban lo aprendido a otros miembros de la familia. Cerca del 60% de los padres sostuvieron que los niños después de los talleres captaban la intención del director del programa porque así lo manifestaban y discutían.

Si existe algún punto trascendental y digno de destacar en esta investigación, aparte de la experiencia que significa trabajar con los niños y el vídeo, es la certeza de que éstos tienen la capacidad de desarrollar ideas audiovisuales por sí solos, desde la versión original hasta el montaje; por otra parte, tuvimos la convicción de que pueden desarrollar una Lectura Crítica, al menos en su forma primordial, aplicable a programas, películas, dibujos animados e incluso a anuncios de televisión.

El niño de por sí es crítico, cuando al niño se le limita la información la busca por curiosidad, a como dé lugar, lo que sucede es que no sabe cómo utilizar esa actitud, para convertirla en una capacidad de decisión ante el medio televisivo. El objetivo era entonces añadirle a este componente crítico, la técnica. Pertenezco al grupo que piensa que sin la enseñanza de una lectura crítica audiovisual no merece la pena educar en los aspectos técnicos audiovisuales porque se desvirtúan los fines. Mucho se ha escrito en ambos sentidos: lectura crítica y técnica. Sirva lo siguiente sólo como muestra:

Cary Bazalgette, en *Los medios audiovisuales en la educación primaria*, transmite una bonita experiencia que vivió a inicios de los 90 con los niños de tercero y cuarto curso de primaria en un colegio del norte de Londres, utilizando la cámara de vídeo. François Mariet en *Déjenlos ver la televisión* (1993) habla de el oficio de ser un niño telespectador, sostiene que los adversarios de la televisión son simplemente los que no saben aprovecharla. Roxana Morduchowicz en *A mí la tele me enseña muchas cosas* (1999) describe su experiencia en Buenos Aires con un grupo de chicos de sectores populares asegurando que consiguieron que hasta los estudiantes más vagos se entusiasmaran con las clases sobre los medios: desconstruyeron significados y problematizaron los discursos

establecidos. En un artículo suyo publicado en *Cuadernos de Pedagogía* (2002) fortalece esta idea al mostrarnos un festival también en Argentina donde los chicos escriben relatos para el medio televisivo. Joan Ferrés en *Televisión y educación* destaca la necesidad de la formación de espíritu crítico ante la TV: «Educar para la reflexión crítica supone ayudar a tomar distancias respecto a los propios sentimientos, saber identificar los motivos de la magia, comprender el sentido explícito e implícito de las informaciones y de las historias y sobre todo ser capaces de establecer relaciones coherentes y críticas entre lo que aparece en la pantalla y la realidad del mundo fuera de ella» (Ferres, 1999: 106).

Es importante que los padres vean televisión con sus hijos, pero atendiendo a la realidad que muchas veces imposibilita verla juntos, es conveniente que los chicos conozcan sus capacidades y desarrollen sus destrezas críticas ante la televisión. De allí que la familia y la escuela deben reforzar constantemente el uso y ese espíritu crítico de los niños ante la televisión y también hacia otros medios de difusión.

La pregunta que me hacía hace siete años, tiene una respuesta aunque no concluyente: sí es posible ir formando nuevos telespectadores. A la televisión le queda muchos años de vida, aún cuando cambien formatos y formas de emisión; son los contenidos los que tienen que mejorar y para hacerlo es imperante prepararse y codearse con los medios. Nuestros niños constituyen la generación que producirá la Televisión del mañana, más aún, la que diseñará los medios de comunicación que poco podemos imaginar. Y aunque todo se aprende con los años, más nos vale por ahora, enseñarles los secretos de la televisión a estos chicos lo mejor posible.

Tal como esbozó con una sonrisa hace poco Chicho Ibáñez Serrador al finalizar un seminario efectuado en Sevilla sobre el audiovisual: «La televisión es una maravilla». Es lo que pensamos quienes hemos trabajado en ella y conocemos de sus potencialidades y posibilidades de cambio, de transformación. No olvidemos que «Conocer el truco, no disminuye la magia», tal como afirma Ferrés.

Referencias

BAZALGETTE, C. (1991): *Los medios audiovisuales en la educación primaria*. Madrid, Morata.

BORREGO, C. (2000): «Perspectivas sobre la alfabetización audiovisual», en *Revista Investigación en la Escuela*, 41; 5-20.

FERRES, J. (1999): *Televisión y educación*. Barcelona, Paidós.

MARIET, F. (1993): *Déjenlos ver la televisión*. Barcelona, Urano.

MORDUCHOWICZ, R. (2001): *A mí la tele me enseña muchas cosas*. Buenos Aires, Paidós.

MORDUCHOWICZ, R. (2002): «Cuando los niños escribe ficción para la televisión», en *Revista Cuadernos de Pedagogía*, 317; 30-33.

PÉREZ TORNERO, J.M. (1994): *El desafío educativo de la Televisión*. Barcelona, Paidós.

RICO, L. (1994): *El buen telespectador*. Madrid, Espasa.